

Augusto Rodríguez, *Materia oscura*, Valencia, Pre-Textos, 2019, 77 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.12.2021.LXXXII-LXXXIV>.

La escritura refrescante y de alto voltaje creativo de Augusto Rodríguez (Guayaquil, Ecuador, 1979), nos sorprende en *Materia oscura*, publicado por la editorial valenciana Pre-Textos, donde el autor también editó en 2018 sendas colectáneas de interesantes poetas ecuatorianos como Hugo Mayo, *Una pupila cortada en la oscuridad*, o David Ledesma Vázquez, titulada *Antología poética*.

Materia oscura es un libro deslumbrante, que agradecerá y agrandará nuestra mirada, un gran poemario todo él escrito en poemas en prosa. Los ritmos acertados, las repeticiones y las pausas, su prosodia y espontaneidad con conexiones inesperadas en los significados de las palabras, sus asociaciones vanguardistas y chispeantes, y una sintaxis, al igual, ligera de equipaje y sin prejuicios, nos ofrecen un volumen vivo y altamente recomendable. Estructurado en cuatro partes, a saber: «I. Materia oscura», «II. La geografía de la música», «III. Siempre un deseo», y «IV. Apocalipsis now», recordándonos a la inolvidable película de Francis Ford Coppola de 1979, con protagonistas como Martin Sheen, Marlon Brando o Robert Duvall, entre otros. Los poemas en prosa que conforman *Materia oscura* son relativamente cortos, por norma general, pero de gran calado semántico, esto es, dejando una penetrante e incisiva huella en el lector, como «Cuchillo»: «El almuerzo no está listo. El hombre no sabe cocinar. Los alimentos descansan aliviados sobre la mesa. El cuchillo duerme boca abajo.» (p. 61) o, un poco después, «Aceite»: «La palabra aceite no se fríe, el aceite se fríe en la hornilla. Danza macabra del aceite. Chorrea su sangre por la cocina. Su suicidio es bochornoso.» (p. 63).

Conviene pensar esta poesía como un fino trabajo de bistorí lírico, o a nuestro poeta, Augusto Rodríguez, como un director de orquesta armónico con elementos heteróclitos, no siempre «poéticos», pero que él sabe disponerlos de ese modo; un género en el que las palabras buscan su encaje menos lógico, desautomatizando el lenguaje y los clichés, y regalándonos una nueva carga semántica en cada una de las composiciones, como bombas de —relojería— inventiva. Dice así el poema homónimo de la última sección, «Apocalipsis now»: «La leche quiere ser mantequilla, el tomate lechuga y la

lechuga pepinillo. El huevo no quiere ser clara, quiere tener oscuro. El jugo de naranja sabe a lima. La frambuesa a mandarina: Apocalipsis now de todos los días.» (p. 62). Es muy difícil decir más con menos, puesto que como vemos se trata de una poética de la inconformidad, un alegato por la protesta y un estallido diario de la frustración, la cotidianidad que nos arrasa con los límites y nuestras carencias, siempre deseando ser lo que no somos o tener lo que no tenemos. Una auténtica tragedia puesta de largo en las verduras y alimentos, en grácil compañía, en solidario juego. Y ahí reside la grandeza de esta poesía.

Para los que somos legos en ciencias, la Wikipedia nos explica que en astrofísica y cosmología física se denomina *materia oscura* a un tipo de materia que se estima corresponde aproximadamente al 85 % del universo, y que no es energía oscura, materia ordinaria ni neutrinos. Posiblemente los legos sigamos quedándonos igual después de esto, pero al menos estaremos advertidos de que se trata de algo inescrutable, de una suerte de principio de incertidumbre que desemboca en una indagación incesante, y ahí sí que la poesía tiene mucho que decir, pues ese es el cometido de todo buen texto poético. «La boca» podría ser una buena explicación: «La silla descansa, la mesa llena de grasa, las cebollas picadas, el tomate en rodajas, los pepinos en triángulos. La mano del hombre que corta cuerpos, de forma indiscriminada. La sangre verde de la oliva, el jamón serrano suda. La boca del hombre se traga el universo.» (p. 67).

Esta relación del sujeto con los objetos, en diálogo permanente, podría interpretarse incluso como una proyección del sujeto en los objetos, el yo frente al mundo exterior, en un continuo *feedback*. Nos recuerda a las *Odas elementales* de Pablo Neruda, a ese diálogo con el universo y con las cosas característico de cierta poesía del Nobel chileno, y es que no en vano se le cita directamente en el poema «La cebolla»: «Neruda prepara un sabroso caldo de congrio a sus invitados. La cena es una fiesta de poesía y vino tinto. Dentro del caldo el congrio se ama con la cebolla.» (p. 70), trayéndonos indirectamente a la memoria a alguna secuencia de la película *El cartero* (y *Pablo Neruda*), de Michael Radford, de 1994, con los grandes Philippe Noiret, Massimo Troisi y Maria Grazia Cucinotta... El poema citado alude a una fiesta, y se trata de «fiesta» en sentido amplio, ya que, para Augusto Rodríguez, cada vez que utiliza ese término poseerá una acepción metapoética llamativa y destacada. Son múltiples los momentos que se festejan, partiendo desde luego del poema homónimo «La fiesta» (p. 56), con el que se concluye la tercera sección, pero podríamos rastrear otros, por ejemplo «Rimbaud» (p. 75) o «El mar» (p. 77), con el que se concluye asimismo el conjunto de

Materia oscura. Significativo, sin duda, ese uso performativo de esa fiesta, pues si la poesía es la palabra, ambas, poesía y palabras comienzan al acabar el libro, dejándonos un retrogusto de umami después de haberlo leído. Sabroso.

La referencia nerudiana se complementa con otros vademécum que el autor explicita. «Rubén Darío» (p. 24), por quien titula un poema; Vallejo (p. 38), con quien establece vínculos, entre otros, con su célebre poema «Masa»; Eugenio Montejó (p. 51), de quien toma el título de la segunda sección de *Materia oscura*; Pound, Pessoa, Verlaine, Rimbaud, Panero y Joyce (p. 56); Kafka (p. 74); Pedro Lemebel en «La muerte y resurrección de Pedro Lemebel» (p. 73), de quien también abraza la noción de Apocalipsis; y finalmente Huidobro (p. 77), y Gonzalo Rojas (p. 77). Múltiples intertextos y fuentes, lecturas de nuestro poeta que nos hace partícipes de sus preferencias, su tradición y su vanguardia, la conversación privada y pública que él establece con algunos de los que considera sus clásicos, sus poetas mayores, relatándonos de paso la estela que él continúa y en la que se inserta. Pero hay otros: el uruguayo Rafael Courtoisie, con el que abre el poemario, y que participa en la selección de las composiciones del volumen, hermano y amigo, por tanto, y sobre quien el guayaquileño realiza su tesis doctoral; o el boliviano Gabriel Chávez Casazola (p. 20), sin citarlos a todos, por lo que también Augusto Rodríguez nos cuenta sus inclinaciones por algunos coetáneos.

¿Qué más podríamos decir? Quedan muchos asuntos a tratar en un libro rico en matices y expresión, en su profunda cotidianidad, pero quisiéramos dejar en este mismo punto a los lectores avisados, para que descubran por ellos mismos los destellos de *Materia oscura*. Garantizado.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada
jca@ugr.es